

CURAS OBREROS

ENTRE LA IGLESIA Y EL REINO

Sumario

1. Ramir Pàmpols

Mis vivencias más sentidas

2. Luis Anoro

Integración vida jesuítica - vida obrera

3. Josep Farras (por el resumen)

Al principio

4. Albert Nolan

Etapas de crecimiento en servicio de los pobres

5. Peter-Hans Kolvenbach

La fe que se realiza en la justicia

MIS VIVENCIAS MAS SENTIDAS

Ramir Pàmpols

Mis vivencias más sentidas desde que estoy en el trabajo manual, voy a concretarlas en dos: A primera vista pueden parecer negativas, pero miradas en profundidad, creo que desbordan esta apreciación.

- La primera es la limitación que he percibido en mis compañeros de trabajo, al lado de cualidades éticas grandes.
- La segunda es la división personal que experimento al tratar de conciliar dos sensibilidades o dos culturas: la de origen y la de adopción.

1. LAS LIMITACIONES DE CLASE

Recuerdo que en España, cuando optamos por formar parte de la clase obrera, casi todos nosotros la considerábamos una clase social prácticamente perfecta: desinteresada, solidaria, combativa, sacrificada, pobre y abierta a los valores evangélicos.

Con la experiencia acumulada con el paso de los años, yo al menos, he experimentado las enormes limitaciones de mis compañeros de trabajo y naturalmente, las mías propias.

Entiendo que es peligroso y puedo caer en simplismos y falsedades, al pretender generalizar, a partir de la experiencia de 12 años y en una fábrica de 450 personas (aunque esta relación sea algo más amplia: con otros trabajadores de mi Sindicato—CC.OO.—y de la localidad). Acepto este riesgo y cuento con vuestro juicio crítico.

A lo largo de estos años, lo que más me duele y sorprende en los compañeros de trabajo, especialmente en los más combativos, es:

a) Sus análisis contradictorios de la realidad (en ocasiones, a veces decisivos, una extraña falta de realismo): por una parte manifiestan una gran capacidad de prevenir trampas o engaños posibles, imaginando a veces hipótesis increíbles, pero por otra parte, llevados por la inercia de algunos triunfos obtenidos, expresan una gran rigidez en cambiar los planteamientos hasta que la dura realidad les demuestra que se han equivocado.

Esta contradicción puede expresarse de otra forma: Frente a un sentimiento de confianza en el colectivo, en su fuerza cuando se decide a luchar unido, se desliza un sentimiento contrario: el de un,

tal vez, inconsciente y sutil complejo de inferioridad frente al patrono, a quien por principio se idealiza. Esta lectura esquemática del patrono lleva a una actitud permanente, a veces enfermiza y crispada, de desconfianza visceral, sensitiva, que impide analizar fríamente los diferentes elementos que están en juego y tomar decisiones adaptadas a la realidad.

Alguna de estas características "ideales" que se suponen en el patrono, se atribuyen también al sacerdote obrero de quien se supone que procede de la clase burguesa y por tanto, mantiene todavía contactos y relaciones con aquélla, que le sitúan en mejores condiciones que el resto de sus compañeros de trabajo.

b) El impacto de la sociedad de consumo: No es que el nivel de vida de mis compañeros de trabajo sea ni tan sólo cómodo: después de muchos años de trabajo, con jornadas de 16 horas, han podido acceder a una vivienda en propiedad (que todavía están pagando), a unos muebles que no pasan de funcionales, han adquirido electrodomésticos de uso corriente y como elementos hasta cierto punto superfluos, el vídeo, un pequeño terreno o parcela casi siempre sin edificar, y el coche. Pues bien, la lucha constante por la adquisición de estos bienes, les ha llevado a privilegiar un sentido economicista en sus luchas y reivindicaciones, por encima de planteamientos más globales y de auténtica calidad de vida:

- reducción de horas de trabajo
- tiempo para la formación cultural o profesional
- mayor libertad de comunicación durante la jornada de trabajo
- sentido de solidaridad con causas afines al mundo obrero: conflictos laborales en otros ramos, en otros países, interés por problemas más globales, como la paz, el ecologismo, la mujer, el Tercer Mundo, etc.

La sociedad de consumo y determinados planteamientos sindicales, en los que nosotros también hemos caído, han marcado el sentido ético originario de la clase obrera y han minado poco a poco sus raíces.

De ahí el nuevo sentido corporativista que emerge en algunos colectivos obreros más fuertes y organizados, la aceptación pasiva, incluso por los Sindicatos, del trabajo negro en condiciones de evidente explotación (varios meses sin cobrar, horas a 50 ptas., sin seguros sociales, trabajo en días festivos), retrocediendo a los primeros años de la revolución industrial, el fatalismo con que se contempla y analiza el fenómeno del paro, la defensa resistencialista y carente de creatividad de los puestos de trabajo, etc.

c) Este empobrecimiento ético repercute sobre nuestra capacidad de racionalización. Mi experiencia

personal es casi dramática en este aspecto: al pasar de una situación económica en expansión (1960-1975), a otra de crisis aguda (1975-1986), hasta llegar en mi lugar de trabajo a la suspensión de pagos y a una deuda superior a los 3.000 millones de ptas., lo que yo llamo racionalidad del colectivo, se ha encerrado en dos direcciones:

- una, que en el actual proceso de crisis, valora exclusivamente los logros económicos (por ejemplo, el pago de las pagas extraordinarias), con una notable incapacidad para analizar globalmente la situación por la que atravesamos.
- otra, que al analizar tan sólo el aspecto económico, se repliega sobre sí misma en una especie de guetto, en el que se producen crispaciones periódicas muy intensas que amenazan con dar al traste con los planteamientos más matizados de los líderes naturales del grupo.

El resultado de esta larga evolución que arranca desde la peculiar realidad obrera del franquismo, con sus luchas heroicas, sus líderes indiscutibles, su sindicalismo resistencialista y de comprensible acento economicista, es casi catastrófico por lo que se refiere a mi lugar de trabajo:

- agotamiento hasta la crispación, del grupo tradicionalmente más luchador.
- división, tal vez definitiva, de la plantilla de producción, en dos grupos irreductibles que no se hablan entre sí durante las 8 horas de trabajo.
- deseo de abandonar la fábrica si se ofrece una mínima indemnización.

d)A pesar de un análisis tan duro que probablemente responde a una situación bastante personal, tengo que constatar en mi experiencia cotidiana la presencia de otros elementos esperanzadores, a mi entender propios del mundo obrero:

- un instinto de conservación, de auténtico realismo, que posibilita no llevar las acciones a emprender hacia un suicidio colectivo.
- una confianza entre ingenua y crítica, en los líderes naturales.
- un sentido ético elemental pero definitorio de lo mejor que tiene la clase obrera que es el pretender vivir con dignidad, no aceptar cualquier tipo de explotación, aceptar el riesgo de perder el puesto de trabajo ante unas perspectivas que no aseguran los mínimos para vivir como personas, un dominio del miedo como realidad difusa que tiende a apoderarse de un colectivo en situación crítica, un lenguaje directo que apoya o denuncia actos y personas, etc.

Hasta aquí he descrito la vivencia contradictoria de una experiencia personal que puede simbolizar las numerosas situaciones de crisis, reducciones de plantilla, prejubilaciones que han marcado

dolorosamente a muchos de nosotros, y nos han hecho vivir valores y contravalores de la clase a la que nos hemos adherido de por vida.

Queda por delante el reto de la nueva sociedad, llena de incertidumbre para la clase obrera.

Quiero hacer también referencia a otras realidades que gracias a Dios, han puesto en mi vida un punto de equilibrio: el Sindicato, con sus largas reuniones llenas de auténtica sabiduría obrera y popular y especialmente el barrio, que posibilita una densa relación afectiva con niños y adultos y nos hace sentirnos vecinos y amigos de quienes nos rodean y las fiestas populares que hacen sentirnos un colectivo verdaderamente humano.

Es el conjunto de estas luces y sombras que da sentido a mi (y nuestra) voluntad de encarnación y a mi (nuestro) querer durar hasta el final.

2. LA DIVISIÓN PERSONAL

Probablemente lo que he dicho hasta ahora dé la sensación de haberse dicho desde fuera, como un espectador imparcial. Por desgracia, hay algo de esto.

En este segundo punto creo que me refiero a la misma realidad, pero desde el impacto personal, desde una determinada pasión", que he tenido que apurar.

La división interior a la que me refiero se produce cuando trato de conciliar dos culturas, dos mundos: el de mi origen familiar y su prolongación en la Compañía y el de adopción: la incorporación al mundo obrero, a su estilo de vida y de pensamiento y sobre todo de acción.

No me resulta fácil describir esta situación personal, a pesar de que la sufro con bastante intensidad.

En estos momentos, sintiéndome jesuita y obrero, casi puedo afirmar que me siento rechazado por los dos mundos. Y este sentimiento lo vivo de forma conflictiva.

A medida que me he ido comprometiendo con la clase obrera, mi vida en la Compañía se ha ido haciendo como más marginal: yo he aparecido ante mis compañeros jesuitas—y sin duda ellos también para mí—como algo lejano y a la vez sospechoso. La experiencia cotidiana nos ha ido marcando de manera muy diferente y nuestra sensibilidad, lenguaje, enfoque de las realidades, opciones, y preferencias se han ido diferenciando.

En el momento que nos hemos comunicado, todo este mundo interior y exterior ha aparecido de repente y en bloque. Y seguramente nos hemos juzgado como muy diferentes, quién sabe si incluso como contrarios...

Ahora tengo la convicción de que soy para mis compañeros jesuitas un hombre de izquierdas' radical' tal vez peligroso, apasionado, con quien es preciso adoptar cautelas o reservas, por lo menos mentales.

Cuando analizo qué imagen tienen de mí mis compañeros de trabajo, ocurre lo mismo pero desde el ángulo contrario: no soy de fiar, no acabo de ser nunca uno de ellos, mi moderación en los planteamientos y especialmente en las acciones a emprender, mi lenguaje, mi sentido ético, no sólo me convierten en un "bicho raro", sino en una persona demasiado moderada, que a veces les enerva hasta perder la paciencia. Y en situaciones críticas como la presente en mi fábrica, esta imagen queda mucho más patente.

Si quiero ser más fino y preciso en mi análisis, por lo menos soy ambiguo y todos quisieran verme mucho más definido.

Esto no sólo responde a intuiciones de personas que se relacionan conmigo, creo sinceramente, que de alguna forma, responde a mi propia división interior.

Tanto en la familia como en la Compañía, se nos ha educado en una forma de vida que se contrapone, en muchos aspectos, a los valores de la clase obrera.

Cuando pedí trabajo por primera vez a mis 30 años, dominaba en mí una fuerte tendencia a ideologizar, a dar prioridad a la reflexión sobre la acción, a encontrar "formas racionales" de resolver los conflictos.

Pero eran y siguen siendo valores fundamentales, el diálogo, la búsqueda de soluciones a través de medios pacíficos, la confianza en las relaciones, la buena fe como supuesto previo, el lenguaje correcto, aunque en ocasiones pretendidamente ambiguo, etc.

A medida que me he ido integrando en la clase obrera, han aparecido otros valores difíciles de conciliar con los primeros: predominio de la acción sobre la reflexión, aprecio por la concreción y captación de los detalles, aun mínimos, referentes a las condiciones de trabajo, resolución de los conflictos por la vía más expeditiva: a través de presiones y cierto tipo de violencia, actitud sistemáticamente desconfiada frente a los poderes tradicionalmente opresores y un aprecio del lenguaje directo que califica cada cosa por su nombre.

La incorporación de estos nuevos valores, me ha provocado una permanente tensión. Frente a la síntesis "Resistencia y Sumisión", mi natural profundo, mis raíces, me han llevado a un predominio de la sumisión bajo múltiples formas, siendo una de las más sutiles, la manipulación ideológica de la realidad.

A1 no sentirme capaz de enfrentarme directamente a situaciones externas conflictivas, he intentado resolverlas por el flanco de la interpretación ideológica, de la reflexión y justificación teórica, de la "búsqueda de sentido", de lo que Marx diría la interpretación de la realidad, no su transformación.

En este lento proceso de ir siendo otro yo mismo, he pasado por dos etapas sucesivas:

En los comienzos me identifiqué teórica y afectivamente con los valores y proyectos más radicales de

la clase obrera. La dictadura y la necesaria clandestinidad ayudaban a ello. Esta coincidencia verbal, teórica, me provocó una cierta ilusión de identificación, de encarnación real en el seno de la clase trabajadora.

En el fondo era una aceptación racional, sincera si se quiere, de la "memoria histórica" del mundo obrero, y de sus proyectos utópicos, pero no fue capaz de transformar mi personalidad profunda hasta alcanzar mi voluntad de acción.

Esta división entre mi pensar y mi acción la he ido reconociendo con el paso del tiempo, a medida que los conflictos y las luchas se iban sucediendo y ponían en evidencia mi realidad interior. Tengo que reconocer, además que la humildad para ir reconociendo todo esto provenía de mi nueva cultura. La segunda etapa fue "pegarme", unirme a aquellos compañeros que representaban la línea más combativa y que yo me sentía capaz de asumir por mí mismo.

También aquí se daba una gran división interior: yo aparentaba aceptar sus planteamientos, sus formas concretas de lucha, pero en mi interior no comulgaba con ellos: me parecían excesivos, temerarios, rígidos, en definitiva peligrosos y nocivos para el conjunto de la clase.

Se reproducía, de otra forma, la inseguridad fundamental, la falta de identidad profunda conmigo mismo, el sentimiento de haber sido enviado a una "tierra extraña"—la clase trabajadora—que ni yo mismo acababa de aceptar, ni ella acababa de fiarse ni admitir.

En estos momentos estoy emprendiendo un nuevo camino que no sé a dónde me conducirá. Me he ido despegando poco a poco, dolorosamente, de mis antiguos compañeros, buscando desprenderme de mis dos muletas: 1a ideológica, en lo que tiene de "coartada" y la de identificación "afectiva" con un grupo.

Este camino me está llevando a una gran soledad: algunos compañeros, desengañados, tal vez despechados, han dejado de hablarme. Otros, tal vez con la secreta esperanza de recuperarme para su grupo, se me han acercado después de tres años de reconocermelo como enemigo declarado. Y esto me ha humillado.

Me digo a mí mismo que no tengo ni quiero tener otro agarradero que mi conciencia. Los años que llevo en este intento casi imposible de encarnación (qué encarnación?, me digo a veces a mí mismo), me dan derecho a ser ya yo mismo. A fundir mi doble ser y a no avergonzarme de él.

A pesar de mi buena fe, creo que sigo siendo ambiguo...

Pienso sin embargo, que me queda algo significativo que ofrecer a mis compañeros: mi honesta fidelidad a su causa, mi tenacidad en seguir adelante a pesar de tantas contradicciones y sinsabores, mi secreta esperanza en la causa del pueblo que asoma tenazmente en cada pequeño acontecimiento positivo, mi voluntad de racionalidad en cada planteamiento, el respeto a la pluralidad inevitable, el

olvido frente a palabras e insinuaciones apasionadas y ofensivas, el reconocimiento de mis propios errores, de mis contradicciones personales que no acabo de resolver.

3. LA MISIÓN DEL JESUITA OBRERO

Una última tensión que quisiera dejar aquí patente es la que se deriva de mi misión como jesuita obrero.

Desde mi primer acercamiento al mundo laboral tuve claro que en el proyecto de M.O. era esencial la evangelización de la clase trabajadora. Después de 15 ó 16 años, no sé exactamente cómo llevar adelante esta voluntad sincera de evangelización.

En España, la clase obrera está, a mi entender, definitivamente marcada por la Iglesia del franquismo y la nueva sociedad puesta en marcha por la etapa de democratización del país.

El lenguaje explícito de la fe y del Evangelio, se limita a ámbitos muy concretos, aparte de los fenómenos de religiosidad popular: las clases tradicionalmente creyentes y grupos muy determinados del mundo obrero: ACO, JOC, HOAC, JOBAC.

Fuera de estos ambientes, la explicitación de la fe se hace prácticamente ininteligible: por rechazo visceral y por falta de vehículo cultural. Al no apreciarse los valores cristianos, o mejor, la formulación cristiana de determinados valores, y sobre todo al rechazarse la opción de fe, propia del sentido cristiano de la existencia, nuestra misión, mi misión, parece no tener dónde apoyarse...

Sin lenguaje creyente y sin celebración de los Sacramentos, queda tan sólo el testimonio mudo: la larga mediación, que a excepción de momentos coyunturales, se explicita únicamente a través de vivencias y valores éticos comunes a la fe en Jesús y a la fe en el hombre, lleva poco a poco a un cierto empobrecimiento del propio y personal sentir religioso, o por lo menos a una nueva división personal, y se apoya cada vez más en un sentir común ético.

La comunión profunda con los compañeros de trabajo se da en estas experiencias colectivas, en las que se vive intensamente el riesgo de perder el puesto de trabajo, se comparte cuanto se tiene, se aporta lo poco de que se dispone.

Por otra parte, vivo una dimensión pastoral explícita en el barrio. Es en la Eucaristía dominical donde toda la densidad vivida en el trabajo se vierte sobre el "pequeño rebaño", que sin duda se siente también desbordado por esta intensa comunicación de vida secular.

En medio de esta doble vivencia quedo yo, procurando ser fiel a las dos realidades, pero mucho más atraído por la más cotidiana y persistente: la del trabajo y la lucha por la dignidad del colectivo al que pertenezco.

¿Cómo unir estas dos vivencias? Tal vez no hay otra respuesta que el don de la contemplación.

¿Y cómo sobre todo encontrar un nuevo acento, un nuevo contenido, no sólo un nuevo lenguaje que aportar y ofrecer a los compañeros que nunca se declararán explícitamente creyentes, que seguirán rechazando muchos de ellos la existencia de Dios, el sentido del celibato, la fe en la resurrección?

Para mí, ni es adecuado refugiarme en el pequeño grupo de creyentes que acuden a la Eucaristía dominical, ni tengo claro lanzarme a la aventura de una fe cada vez más secular, con ninguna referencia al Evangelio del que vivo y por el que me he situado en esta frontera.

Pero una vez más insisto en que es preciso encontrar la "vía no religiosa" para llegar al Padre.

¿O tendré que conformarme en pensar que mi larga mediación sirve al menos para evangelizar a la iglesia a la que pertenezco?

INTEGRACIÓN VIDA JESUÍTICA - VIDA OBRERA

Luis Anoro

Me han solicitado un testimonio personal de integración de la vida espiritual jesuítica y de la vida obrera, poniéndolo—en lo posible—en relación con la de otros compañeros.

Presentaré este testimonio dividido en 2 partes: la primera (que título "Descubrimientos y deficiencias") agrupando los rasgos fundamentales de mi proceso personal a lo largo de estos años; la segunda (titulada "Esperanzas") en la que resumo mis inquietudes de cara al futuro.

Para situar un poco todo esto, una breve introducción ("Mi marco de vida") en el espacio y en el tiempo.

O. introducción: MI MARCO DE VIDA

Año 1968. Unos pocos años antes algunos compañeros jesuitas habían comenzado a vivir, en diversos lugares, como obreros. Por lo general en equipo.

Casi al mismo tiempo que en otras ciudades, comenzamos en Zaragoza (Aragón) un equipo nuevo. Es una ciudad de medio millón de habitantes, en crecimiento industrial, nudo de comunicaciones de las principales ciudades del cuadrante nordeste de España.

Se elige un barrio netamente obrero (Picarral), 15.000 habitantes, y pretendemos llevar adelante un proyecto complejo: integrar la inserción y presencia en el mundo y en el movimiento obrero con la tarea parroquial desde la única Parroquia del barrio. Dos miembros del equipo se dedican a esta

segunda tarea y tres a la primera (yo soy uno de éstos). Una reflexión constante en equipo es el instrumento para llevar adelante este proyecto.

Mi trayectoria como cura obrero comienza ese mismo año, 1968, trabajando como peón metalúrgico en una fábrica del barrio, de unos 150 obreros. Tras organizar el comité de empresa y plantear algunas luchas soy expulsado 4 años después; algunos meses de paro me sirven para hacer un curso de tornero y encontrar trabajo en un taller pequeño, de donde me echan por la información policial; trabajo en otro taller de pintura, que me despide "sin explicaciones" y paso a trabajar en el Mercado de abastecimiento de Zaragoza. En 1976 puedo mejorar la situación laboral al encargarme de un almacén de electrodomésticos de una firma importante de la ciudad, donde voy a permanecer 7 años, con un aislamiento creciente, y enfrentamiento después, con el patrón por actividades sindicales en el sector del Comercio; trabajo 2 años como repartidor de pan en un horno pequeño, hasta que por dificultades en la viabilidad del negocio he pasado al paro hace 6 meses.

Tengo que advertir que mi participación en la lucha obrera ha sido, de ordinario a nivel de la empresa en que trabajaba, excepto durante unos pocos años de mayor participación a nivel sindical y siempre compaginando esta tarea con la Asociación de Vecinos del barrio que ha sido mi lugar preferido y prioritario de actividad.

1. DESCUBRIMIENTOS Y DEFICIENCIAS

En este momento de hacer una síntesis o balance he de afirmar que la vida obrera ha constituido para mí una auténtica revelación y descubrimiento de elementos que, a partir de entonces, he intentado incorporar como característicos de mi existencia.

Tengo la impresión de que se trata de cosas muy sencillas e importantes a la vez y, por supuesto, conocidas por bastantes de vosotros.

A)

He aquí lo que, personalmente, me parece más descriptivo de esta vida obrera:

a) El trabajo mismo, con sus exigencias de horario, dependencia, modo de ganar la subsistencia y su compañera existencial que es la fatiga física.

El conjunto de estas dos cosas creo que está en la base de una característica para mí muy importante de la vida de la clase trabajadora, que yo llamo aguante, una mezcla de dureza, primitividad, resistencia, capacidad de durar.

b) Una vida dura, difícil, admitida como normal entre los que somos trabajadores; pero realmente dura en comparación con el modo de vida de otros sectores humanos que no lo son.

Este elemento de dureza sintetiza, para mí, lo que espiritualmente se puede formular como que en la vida obrera aparecen con más fuerza los elementos de "Cruz" que los de »"Resurrección" y que los denomino así porque considero que este tipo de vida tiene realmente una estructura pascual, elemental, no-religiosa, pero real.

c) Otra característica: la importancia de lo elemental como es el cuerpo y la salud, la comida, el descanso y la fiesta, los hijos y las relaciones primarias... Todo esto constituye una gran parte de lo que se habla, el marco en que muchísimos compañeros se mueven.

d) Un nivel algo más profundo que yo he descubierto, se podría enunciar como la prioridad del hacer sobre el decir, una cultura verdaderamente otra en la que los hechos tienen primacía sobre las palabras, las manos sobre la lengua.

e) La vida obrera me parece que permite un conocimiento profundo de las personas concretas. Permite una hondura especial incluso en lo que habitualmente llamamos "amigos íntimos" para señalar una particular relación.

f) Considero que en la vida obrera existen dos claves que permiten dar a la "intimidad" un peso específico profundo, muy profundo, porque cada uno quedamos al descubierto como realmente somos. Estas dos claves creo yo que son el propio trabajo manual con la cantidad de oportunidades que conlleva de apoyo, ayuda, solidaridad, etc. y los conflictos (pequeños o de clase) a que da lugar la propia condición obrera, verdaderos momentos de revelación de lo que en cada hombre existe, base de recursos y cautelas a tener en cuenta en todo tipo de acción.

g) Todavía un dato más descubierto a partir de las relaciones que se desarrollaban fuera de la situación estrictamente laboral, pero a partir de ella: la importancia del afecto. Todo este mundo, su aprendizaje y desarrollo, constituyó para mí una de las novedades y la constatación de una de las deficiencias de mi, digamos, formación anterior en la Compañía.

h) Pero a estos elementos hay que añadir también el conocimiento y contacto directo con militantes obreros. Estos hombres y mujeres con un sentido de la vida (y en ocasiones del Evangelio), de lo que hay que hacer o no y por qué, verdaderamente excepcional.

Con ellos he aprendido (aunque no sé si he logrado incorporarlo suficientemente a mi vida) dos cosas muy serias: la) a estar allí, en el anonimato, "dando el callo", perseverando "a las duras y a las maduras" y 2a) luchando por una causa, recogiendo una herencia que viene de atrás y buscando metas provisorias que serán superadas en el futuro.

Con ellos aprendí qué es la lucha y a distinguir la lucha (palabra grande que no se debe desvirtuar) de

la actividad; fue más fácil conllevar diversas formas de represión e intentar asimilar el tremendo trauma interno de la cólera (¿odio!) que descubres se va desarrollando en tu interior.

Con ellos vas realizando el esfuerzo de analizar y vivenciar por qué pasa lo que pasa, las fuerzas en juego. vas alcanzando como connaturalmente y como una sana adquisición un cierto grado de politización.

i) Quedas así ubicado en un colectivo concreto, en la clase trabajadora, con un cierto grado de pertenencia y de conciencia de clase. Como adquisición real, pero no definitiva y que se puede perder. Todavía con relaciones y ligaduras "en el otro lado", que tiene de malo no el ser "otro" sino el otro", es decir, una bipolarización que recorre y divide a la humanidad. Explotadores/explotados, opresores/oprimidos es una dolorosa realidad que, sin dogmatismos ni autojustificaciones, está ahí.

Por otra parte, y hacia el interior del propio mundo obrero, lo que hay de realidad, es cierto, pero también de reproche y aún de invitaciones a la claudicación en expresiones como las que voy a citar a continuación y que todos hemos escuchado muchas veces: "pero si no te hacen caso", "por mucho que te empeñas, nunca serás como ellos", "todos esos planteamientos de clase te separan más que te acercan a los obreros", "tú, cuando te canses, te vuelves a los jesuitas y ya está"...

La dosis de impotencia y de sufrimiento interior que todo esto lleva consigo la considero como parte de la cuota que tenemos que pagar por la lejanía y traiciones pasadas al mundo del trabajo.

B)

Todo este conjunto de elementos produjo en mí una auténtica experiencia de conversión. El cambio que produjo en mí la vida obrera en el barrio lo expreso con la palabra CONVERSIÓN mejor que con ninguna otra; a partir de ese cambio creo entender el significado real y teológico encerrado en ese fundamental vocablo cristiano.

Más honda y más radical que la decisión de entrar en la Compañía, más fuerte también y con mucha más "encarnadura" que la experiencia vivida en el Mes de Ejercicios del Noviciado o en otros momentos importantes a lo largo de la Formación.

Dos palabras expresan para mí, un poco más a fondo, el aspecto formal de la conversión: se producen algunas rupturas a partir de las cuales me considero un tanto irrecuperable respecto a aspectos importantes de mi vida anterior.

Las rupturas exigen ciertos abandonos no ya de cosas, sino de criterios, de costumbres, de relaciones etc. que no son de ninguna manera "malas", pero que me pueden dificultar el proceso de inculturación. Proceso de cambio interior, duro quizá, pero acompañado también de adquisiciones profundas y, por eso, proceso nada traumático. Así, por ejemplo, se produce en mí la revelación de

mis padres como seres con mucha menos "cultura" que yo, pero mucho más ricos humanamente para reaccionar como la gente de abajo ante la corrupción o la solidaridad; el re-conocimiento de mí mismo y mi bagaje concreto de posibilidades y limitaciones; no considerar a nadie superior porque "de Dios para abajo todos somos regulares"...

Por irrecuperable descubro algunas cosas a las que ya no voy a volver, que ya no son valores ni metas para mí; descubro también unas poquitas cosas en y con las que permanecer, que me van a ayudar a seguir porque me considero anclado en ellas.

C)

Estas pocas cosas constituyen el contenido de un replanteamiento radical en el que concreta, a partir de los descubrimientos indicados al principio, lo que he llamado conversión.

a) Yo llegué a Misión Obrera, al mundo obrero, a partir de una motivación religiosa, casi me atrevo a llamarla creyente. Y con un intento de realización en colectivo, no aislada o individualmente.

En adelante digo que mi modo de ser cristiano es siendo obrero-sacerdote/sacerdote-obrero (me resulta difícil preferir una sola expresión al conjunto de ambas) jesuita. Sinceramente, el adjetivo es menos importante que el sustantivo.

Nunca me he sentido "más cura" "revestido de casulla" que "revestido de mono". Creo que el sacerdocio obrero es un carisma, un ministerio; quizá no un ministerio pastoral, según el uso ordinario de esta expresión. Pero es un ministerio cristiano. Replanteamiento, pues, de mi existencia como cristiano y como sacerdote.

b) Alguien que sigue vigente: Jesús. Como persona. Con resonancias internas e íntimas producto de los Ejercicios Espirituales y los años en la Compañía, debo proclamarlo públicamente.

Su seguimiento, a partir de esta relación personal, tiene un combustible; la espiritualidad entendida como oración formal o en el trabajo o en 1a acción (contradista, pues, al culto, pastoral, sacramentos u otras expresiones de la vida espiritual) y un motor: su causa, el Reino de Dios/el Dios del Reino, su aliento o Espíritu que, evidentemente, no está sólo en la Iglesia, que es claramente perceptible en tantos sitios y situaciones.

El discernimiento ignaciano, los Binarios, las Maneras de Humildad y la Cristología y Espiritualidad de la Liberación son mis principales herramientas para poner en marcha este seguimiento de Jesús de Nazaret y Jesús Cristo, conectando mis convencimientos profundos con mi vida en medio obrero.

c) Siento que esto es expresión genuina de la vocación jesuítica. Creo que las diversas M.O. han representado un esfuerzo de vivencia colectiva de nuestra vocación.

Pero precisamente en este nivel es donde experimento dolorosamente deficiencias y dificultades, aún

no superadas, para poder articular satisfactoriamente vida religiosa jesuítica y vida obrera.

Deficiencias nuestras, en primer lugar, tanto a nivel personal, como de equipo, como del colectivo, y que son principalmente manifestaciones de nuestra propia limitación. Deficiencias, sin embargo, y por tanto algo que habría que intentar corregir.

Dificultades también desde la Compañía que ha sentido problemas en captar nuestro proyecto y, quizá, como cierto bloqueo institucional ante un modo de presencia y acción como la nuestra preferentemente no institucional.

Problemas unas veces en torno a la temática política, otras en torno a elementos importantes de nuestra Misión, han revelado un diálogo escaso o difícil. Y, como resultado, una vivencia con tensiones a este nivel de la "jesuítez" de nuestra vocación.

d) He de confesar, con todo, que en estos momentos me encuentro "cada vez más convencido" de ir por un camino correcto y posible; con una fuerte exigencia de fidelidad a los orígenes.

Y, al mismo tiempo, que "cada vez es más difícil", pero que hay que seguir en búsqueda de la lucidez necesaria para seguir.

Me pregunto por el significado de nuestra presencia o si nuestra presencia en el mundo obrero es significativa. A través de esta significación encontrará su propia eficacia. Todo lo cual revela una DINÁMICA SACRAMENTAL, que—unida a la DINÁMICA PASCUAL, citada al principio—indica dos características, al mismo tiempo humanas y cristianas, de nuestro modo de proceder.

e) Estos serían los rasgos de mi experiencia espiritual en M.O. Pero, casi de repente, durante estos últimos años una nueva característica se ha introducido en mi vida, afectando—creo—a todos los elementos descritos hasta aquí. Se podría llamar el impacto del Tercer Mundo.

La ocasión ha sido sin duda histórica: la presencia en Latinoamérica y África de compañeros de M.O. La clave de este impacto me parece que ha sido una nueva manera de entender y vivir la solidaridad, rasgo tan fundamental del movimiento obrero y de las clases populares.

Vivir la solidaridad aquí, en la vieja Europa occidental, porque yo no me siento llamado a marchar a otras tierras. Y vivirla al nivel de la propia existencia cotidiana y de la presencia en el mundo obrero, a partir de la constatación de que sólo existe un mundo único, trágicamente traspasado por las contradicciones del sistema imperialista enfrentado en dos bloques.

Vivir la solidaridad a nivel de acción también luchando contra el sistema; participando, al menos, en formas de lucha "que duelen" al sistema. Colaborando así a mantener viva el ansia de emancipación como una necesidad, en este occidente donde aún no es realidad.

Me encuentro así re-situado; parcial, pero desde esta parcialidad enfocando la globalidad. En esta perspectiva enfoco los 4 grandes retos que pienso tiene hoy la Humanidad: la Paz, el Hambre, el

Paro, los Jóvenes.

f) Dejo constancia también de que en todo este proceso he recibido unos dones, que han funcionado para compartir y afrontar los momentos decisivos, gratificantes o duros: la relación personal con Jesús; la instancia del equipo de casa y de los compañeros de M.O. cercanamente sentidos; unos cuantos amigos íntimos de lucha y vida juntamente con experiencia espiritual en M.O.

2. ESPERANZAS

Voy a acabar indicando brevemente 3 esperanzas o dimensiones que dibujan lo que es para mí una actitud clave, aunque trabajosa, de esperanza!

a) Seguir "La durée" para usar la expresión que los compañeros franceses introdujeron en la terminología de la M.O.

Y doy a esta continuidad el siguiente contenido: estar presentes en la vida y luchas de las clases populares, a nivel local, que tienen carácter de luchas de emancipación y que aún existen a pesar del efecto de adormidera de la sociedad de consumo.

Pero, además, intentando conectar estas luchas locales con otras de nivel más amplio, y que también existen en todas partes, alrededor de la contradicción fundamental dominadores/dominados.

Las luchas contra los bloques, por la paz, el diálogo Norte-Sur etc... pueden articularse con el legado histórico del movimiento obrero.

Para no seguir sucumbiendo a la tentación de la "instalación", no basta continuar; ni siquiera basta conseguir cierto tipo de mejoras que pueden ser reabsorbidas en el marco del "progreso" tal como se entiende en el occidente europeo. Hay que luchar contra el sistema o, mejor, para cambiar el sistema y liberar del secuestro a que estamos sometidos los grupos humanos, los pueblos, los Estados.

b) Como religioso pretendo una compañía de Jesús que se comprenda a sí misma como colectivo organizado humano antes que eclesial. Que se coloque nítidamente en ese esfuerzo de emancipación y que aporte lo que ella misma es como "ámbito de libertad" y de capacidad organizativa para hacer confluir esos esfuerzos.

Dentro, pues, de este ámbito considero a la Misión Obrera como un grupo más, sin sobrevalorarlo, pero con la posibilidad y la exigencia de ser mediación.

Por eso considero que es necesario que la Misión Obrera continúe. Y, para ello, que siga habiendo curas obreros. Lo cual requiere, por un lado, nuestra cercanía con otros grupos afines de jesuitas y en particular en el ámbito de la Formación; pero por otro requiere también que, desde la propia Compañía, se aliente a la M.O. o, dicho de otra manera, que la Compañía nos haga compañía.

c) A nivel de iglesia he de confesar que más bien me siento arrastrado por la sensibilidad con que

otros compañeros la consideran tarea importante y con capacidad de contribuir a proyectos concretos o al proyecto global de liberación.

Ella es sólo (pero no es poco!) sacramento del Reino de Dios

Ella es—el Cristianismo, mejor que Ella—la correa de transmisión de un gran tesoro para los pobres de la humanidad: JESÚS

Brevemente, quizá imperfectamente, me atrevería a afirmar estos “amores”, entendiendo el amor como que 'me siento cogido por':

Amo al Jesús que es,

al mundo obrero que es, para colaborar en su liberación

a la Compañía que es, para hacerla cambiar

a la Iglesia que aún no es, para que llegue a ser.

"AL PRINCIPIO..."

Josep Farras

Sobrecoge constatar cómo el origen de cada uno está marcado por una experiencia personal de encuentro con Cristo, que entró muy profundamente en nuestras vidas, irrumpiendo en ellas y colmando todo de sentido. Desde entonces, esto permanece en nosotros como el recuerdo del descubrimiento de una Persona cuyo amor desbordó todos los límites de nuestras expectativas y esperanzas. Uno se sintió "seducido", "embriagado", y muy pequeño ante tanta grandeza. Y de allí siguió el deseo de corresponder y—como en una opción matrimonial—de entregarse, de seguirlo, de caminar con Él. Tocó también esperar, aceptando todo lo que fuera necesario... Tal vez, esta explicación de la propia vocación pueda extrañar un tanto por su carácter casi mítico, pero lo cierto es que no la sabríamos explicar de otro modo, pues resulta casi inefable.

De esta experiencia fue de donde surgió todo. La posterior entrada al seminario (o noviciado) se produjo espontáneamente, como una simple concreción o "ampliación", comunitaria y eclesial, de aquella conversión radical y personal primera.

Así pues, esta opción respondió más a una lógica vital que racional. Y por ello no se la puede considerar como la "mejor", ni como la de los "elegidos" o "supermanes": uno la vive simplemente como el propio camino, y nada más.

Sin embargo, a pesar de este tono tan íntimo con que hemos descrito la relación con Jesús, no estuvo nunca encerrada en sí misma, sino que desde el principio se vivió como una vocación "para los demás" (aunque fuera de una forma imprecisa), especialmente "para los pobres". Todo ello no nos

dispensó, por tanto, de amar ni de asumir las responsabilidades de la vida.

Poco a poco a causa de diversas influencias (movimientos, modelos de vida, el propio itinerario...), aquella referencia primera se fue concretando en el "mundo obrero", al que nos fuimos acercando con una actitud compleja: la de "estar con la gente", intentando identificarnos al máximo con ella; la de "ser fieles al pueblo", dispuestos a pudrirnos en él luchando con él; la de anunciar y hacer presente a Cristo...

EN EL CORAZÓN DEL ÉXODO

A partir de aquí se desprende todo un proceso personal que afirma y enriquece la actitud y opción primeras. Se redescubre y se vive la fe de una forma real, concreta, no teórica. El Reino se va identificando cada vez más con la "causa del pueblo", y el "yo" se va desplazando de su individualismo para ponerlo al servicio de los demás, recuperando así el viejo valor de la disponibilidad. De este modo, uno se encuentra, casi sin saber cómo, luchando por una causa común, en la que se sufre la ambigüedad del "ya sí pero todavía no", y en la que se va descubriendo que no todo depende de nosotros.

Poco a poco se va aprendiendo a vivir la opción religiosa en el anonimato vulgar de la gente, padeciendo las mismas crisis tanto de aquellos que tienen fe como de los que no-tienen. Y así, aquel primer sentido individualista (que en algunos llegó incluso a ser eremítico) se va transformando en comunitario, de tal modo que todo adquiere una nueva significación: la relación con Jesús ya no es puramente intimista, sino que se reza con los demás y por los demás; el sacerdocio adquiere toda su significación en la vida de la comunidad... El Espíritu se vive como una presencia que actúa en todos los hombres, y la salvación se desea para toda la humanidad, y no sólo para una "élite". La misma evangelización se transforma de la "prepotencia del dar" en la discreción de testimoniar con la propia vida lo que uno cree.

Pero también se descubre la tensión de dos mundos enfrentados y que no hay ninguna posición neutra. Aquella "primigenia identificación con el pueblo" se complica y lleva a situaciones de ruptura y de violencia, creando conflictos y contradicciones internas... Especialmente con esa Iglesia que uno siente como propia, pero extraña a la vez, porque no vive la misma fe que vive uno, y a veces la sientes como si ella te hubiera desclasado de ese mundo de los pobres al que a toda costa uno se pretende reintegrar. Uno se siente molesto ante un mundo clerical, jerarquizado y estructurado, que ha profesionalizado y burocratizado los gestos de fraternidad. Quisiera que en la Iglesia todo fuera

mucho mas sencillo, sin necesidad de montajes parroquiales o institucionales.

Todo ello crea momentos de malestar, de desorientación, incluso de fuertes tensiones psicológicas. Unos lo superan "pasando" de las estructuras y yendo por libre. Otros, en cambio, se afirman en sus propias opciones y en las instituciones a las que pertenecen. Y algunos, optan por "salir" y dejar colgado el futuro.

Uno no se atreve a juzgar el proceso personal que lleva a los demás por caminos que se van distanciando de los propios. Así, hemos ido entendiendo que ser "padre" o "célibe" son dos elementos dialécticos para el Reino, y que ambos son igualmente válidos. Sin embargo, requieren una decisión que tampoco se puede ir cambiando a cada momento. Las "deserciones" duelen, y llegan a crear una cierta sensación de vacío o de vértigo. Si todos los caminos llevan a Dios, ¿por que empeñarse en ser fiel a uno si los demás lo dejan? ¿será cierto que el celibato es un signo profético y que "no estás haciendo el primo"?

EL ÉXODO EN EL CORAZÓN

Sin embargo, existe un nervio que da coherencia e identidad: la referencia a aquel "haber sido llamado por el propio nombre" en los albores de la vocación, y que a lo largo de todos esos años se ha ido profundizando y puesto en común. Esa llamada personal es la que expresa lo que se es y lo que se quiere ser. A lo largo de los avatares de la propia vida y de los diferentes rostros que ha ido adquiriendo, uno va descubriendo que de todo ello emerge una sola cosa: fidelidad, a través de la cual Dios ha podido hacer su trabajo de artesanía. Una fidelidad que uno no puede atribuir a los propios méritos, y en la que, si ha existido y existe algo de voluntarismo, es sólo el de haberse propuesto seguir incondicionalmente a Aquel que vivió unas condiciones de vida parecidas a las que uno vive, Aquel para el cual uno se reserva "espacios de paz" y ante el Cual desaparecen todas las mentiras, todas las filias y fobias.

De este modo, uno va descubriendo que tener fe no se trata de algo que se adquiere para siempre, sino de una realidad que crece y pone a prueba cada día. Los "no" se ven claros, mientras que los "sí" resultan terriblemente dudosos, hasta el punto de no saber qué es lo que se debe hacer. El riesgo de vivir es creciente, y da pánico este tiempo de oscuridad abocado a un futuro no menos incierto...
...Pero también vas encontrando gusto a este vivir el presente, a la fidelidad al minuto... intensamente, si es posible. Uno se va haciendo más vivencial que analítico y no le importan los resultados. Así se va perdiendo el hábito del análisis personal... y se va viendo que el tiempo pasa muy rápido y que no lo aprovecha suficientemente. Temes que todo esto no lleve a la rutina, al

estancamiento, a la pérdida del sentido creador y de la aventura del Evangelio. En el fondo se vive la tensión, y la duda, entre una presencia foucauldiana o explícitamente misionera. De momento lo resuelves con el simple “quedarte aquí”, con los otros, encontrando sentido en la honestidad, la gratuidad, la amistad... Pero hay que profundizarlo más!

ETAPAS DEL CRECIMIENTO EN EL SERVICIO A LOS POBRES

Albert Nolan

He elegido hablar del servicio a los pobres. Deseo hablar de lo que significa este servicio y cómo debe desarrollarse, así como del progreso espiritual que podemos obtener en nuestro servicio a los pobres, en los diferentes modos en que tratamos de realizarlo.

Existe un progreso real que comporta etapas como la oración. Algunos de nosotros, por ejemplo, conocen indudablemente muy bien los grados de humildad descritos por San Bernardo o las etapas del amor y de la caridad tratadas en nuestros libros de espiritualidad. Pues bien, yo sugiero que en nuestro compromiso al servicio de los pobres existe una experiencia espiritual en la que se pasa también por diferentes etapas. Crisis, noche oscura. iluminación... Este es el tema sobre el que se quisiera hablar.

1,- La primera etapa, pues, en este servicio a los pobres se caracteriza, en mi opinión, por la compasión. Todos hemos probado una emoción personal viendo o escuchando describir los sufrimientos de los pobres. Esto es solamente el punto de partida de la compasión: Cuanto más nos exponemos al sufrimiento de los pobres, tanto más profunda y durable se hace nuestra compasión. Ciertas organizaciones elaboran hoy programas de exposición y envían a personas a un país del Tercer Mundo para darles la oportunidad de descubrir algo de las privaciones y de una miseria impresionante. Nada puede sustituir el contacto directo con el sufrimiento y el hambre. El ver a la gente expuesta al frío y a la lluvia tras el derribo de sus casas por bulldozers. Sentir el punzón intolerable de una "bidonville". Ver a qué se asemejan los niños que sufren desnutrición. La información es también exposición. Nosotros lo sabemos y queremos comunicarlo a otros: más de la mitad del mundo es pobre y cerca de 800 millones de seres humanos no tienen el alimento suficiente y, de una u otra forma, mueren de hambre. Para muchos, la única experiencia de la vida, desde el nacimiento hasta la muerte, es la experiencia del hambre. Todo tipo de información puede ayudarnos a progresar en la compasión y preocupación por los pobres. Previsto, ciertamente, que no pongamos obstáculos endureciendo nuestro corazón o diciendo: "No es asunto mío", o "yo no estoy en grado

de hacer nada al respecto". Como cristianos, disponemos de un medio para que nuestra compasión aumente, para alimentar este sentimiento, porque podemos ver en ella una virtud. En verdad, podemos considerarla como un atributo divino: cuando pruebo este sentimiento, participo en la compasión de Dios, en lo que El siente ante el mundo actual. Mi fe cristiana me permite también profundizar mi compasión descubriendo el rostro de Cristo en los que sufren, recordando que todo lo que hacemos al más pequeño de nuestros hermanos y hermanas lo hacemos a El. Todo esto ayuda, y esta compasión creciente conduce a la acción de dos tipos en la que quizá, estamos comprometidos en una cierta medida.

El primer tipo consiste en lo que se llama de ordinario asistencia: recoger y distribuir alimentos, dinero, mantas, vestidos; o hacerlo de manera sofisticada, para ayudar a los pobres. El segundo tipo deriva inmediatamente de nuestra compasión y consiste o consistiría en simplificar nuestro estilo de vida, en tratar de vivir sin artículos de lujo, en tratar de ir poniendo a un lado dinero para los pobres, en tratar de evitar lo superfluo, etc. Nada de extraordinario en esto: forma parte de una larga tradición cristiana, compasión, limosna, pobreza voluntaria.

2.- La segunda etapa: comienza cuando se descubre poco a poco que la pobreza es un problema estructural. Es decir, que la pobreza en el mundo actual no es un simple asunto de mala suerte, de desaprovechamiento de ocasiones, inevitable y debida a la pereza, o a la ignorancia o simplemente a la falta de desarrollo. La pobreza en el mundo actual es el resultado directo de estructuras políticas y económicas. Con otras palabras, la pobreza que constatamos en el mundo actual no es un accidente: es una creación. Estaría tentado de decir que ha sido creada, fabricada por determinados políticos y sistemas. Dicho de otro modo, la pobreza en el mundo es una cuestión de justicia y de injusticia, y los pobres del mundo son seres que sufren a causa de una terrible injusticia. Ellos son los oprimidos y los pobres del mundo. No es que yo quiera acusar a personas individuales. Ciertamente, la avaricia de los ricos es la causa de los sufrimientos de los pobres; pero lo que me esfuerzo de decir aquí es que se trata de un problema de estructuras.

Esto caracteriza a lo que llamo la segunda etapa de nuestro desarrollo espiritual. Porque este descubrimiento conduce inmediatamente a la indignación, o por decirlo sin pelos en la lengua, a la cólera. Cólera contra los políticos, contra los gobiernos por su falta de compasión, a causa de su política que causa pobreza y sufrimiento. Ciertamente, "la cólera es una emoción que suscita en nosotros, los cristianos, un cierto malestar. Cuando tomamos personalmente conciencia, nos sentimos un poco culpables. Pero, en un sentido muy importante, es lo contrario de la compasión. Si no podemos sentir en nosotros la cólera, no podemos tampoco compadecer. Si mi corazón se conmueve ante los que sufren, debo encolerizarme contra los que hacen sufrir".

El problema, para los cristianos es, bien entendido, que pueda explotar una crisis a este punto. ¿Y el perdón? ¿Y el amor a los enemigos? En primer lugar, no confundamos cólera y odio. Puedo encolerizarme contra una persona que amo. Una madre puede encolerizarse con un hijo que ha tratado de prender fuego a la casa. Y nosotros debemos encolerizarnos contra el niño porque le amamos y nos preocupamos de él, y porque tenemos que demostrarle que se trata de una cosa seria. Alguna vez, pues, debo encolerizarme. A veces debo compartir la cólera de Dios. La Biblia está llena de la cólera de Dios, lo que a veces nos parece más un obstáculo que una ayuda para nuestra vida espiritual. Cuando sugiero compartir la cólera de Dios, no deseo hablar de odio, sino más bien, como decimos muy frecuentemente, no se trata del odio hacia el pecador, sino del odio al pecado. Lo que quiero decir aquí es que cuanto más comprendamos el problema estructural como tal, tanto más debemos perdonar también a los que son la causa. Es importantísimo para nosotros, en Sudáfrica, por ejemplo, reconocer que la crueldad, la profunda crueldad de lo que sucede, es algo que no puede reprocharse al Primer Ministro Botha, como si el fuera, personalmente, un individuo particularmente cruel. Nosotros criticamos el sistema; si desapareciera el Primer Ministro, otro le sustituiría y el sistema continuaría. No se trata de odio, de acusaciones, de cólera dirigidos contra individuos como tales, sino de una indignación formidable contra un sistema que engendra tanta miseria.

'Yo diría que cuanto más probamos esta cólera, tanto más estamos cerca de Dios. Y si no podemos sentirla, no solamente acerca de Sudáfrica, sino de todo sistema o de toda política que causa sufrimiento, no compartimos en este punto los sentimientos de Dios y nuestra compasión no es sino un chaparrón'.

Durante la segunda etapa, o nuestra acción cambia algo o no iremos más lejos que antes. En efecto, desde que comprendemos que el problema de la pobreza en el mundo es un problema de estructuras, un problema político, nos sentimos movidos a cambiar la sociedad. La asistencia mira más a los síntomas que a las causas. Se asemeja al tratamiento curativo, mientras que trabajar por un cambio social es algo semejante a un tratamiento preventivo. Nosotros queremos cambiar las estructuras, los sistemas que crean la pobreza y no solamente ayudar a la gente cuando sufre esta pobreza. Ambas cosas son necesarias, pero en esta etapa se comienza a reconocer la necesidad del cambio social. Esto puede suscitar una actividad extraordinaria: acción por el cambio social, esfuerzos para combatir los sistemas y quizá cambiar los gobiernos, compromisos políticos, campañas de todo tipo. Algunos se sienten paralizados: ¿qué hacer contra el sistema? No puedo hacer nada para conseguir un cambio estructural. ¿Qué se puede hacer en Bretaña a propósito de las estructuras mundiales y políticas que engendran la pobreza? Algunos se sienten completamente paralizados al pensar en ello. Otros, en cambio, se hacen más activos. Tal es, a mi juicio, la segunda etapa. Una lucha se verifica

entonces en el interior de la persona.

3.- Llegamos ahora a la tercera etapa: es difícil encontrarle un nombre. Esencialmente, se designa cuando se descubre que los pobres deben salvarse ellos mismos, que llegarán a hacerlo y que verdaderamente no tienen necesidad ni de ti ni de mí. Espiritualmente, es la etapa en la que uno se va a poner con humildad al servicio de los pobres. Antes de llegar a esta etapa, tendemos a creer que podemos o debemos resolver sus problemas. Nosotros los europeos, miembros de organizaciones de asistencia, burgueses concientizados, quizá la Iglesia, los dirigentes, solos o con otros, debemos resolver estos problemas de los pobres. Vemos en los pobres "personas en necesidad", como decimos con frecuencia. Hay que ir hacia ellos y socorrerlos, porque ellos no pueden salir de su estado. Puede ser que tengamos la idea de conducirles a cooperar con nosotros los que vamos a enseñarles algo. Tenemos la tendencia de tratar a los pobres como pobres, como seres incapaces.

Pues bien, yo diría que en esta tercera etapa se verifica un shock cuando, quizá por grados, nos damos cuenta que los pobres saben mejor que nosotros qué hacer y cómo hacerlo. Son perfectamente capaces de resolver los problemas de estructuras o los problemas políticos. De hecho, ellos son más capaces que tú y yo. Poco a poco descubrimos que el cambio social no puede venir sino de los pobres, de los trabajadores, del Tercer Mundo. Esencialmente debo seguir su escuela, la escuela de la sabiduría de los pobres. Ellos saben mejor que yo lo que hay que hacer: ellos, sólo ellos, pueden efectivamente salvarme. Yo necesito algo que solamente ellos pueden darme. La cuestión no es que yo tengo cosas que yo solo puedo darles.

Es posible que este descubrimiento, en términos espirituales, dé lugar a una crisis. Puede asimismo desembocar en una conversión muy profunda. Yo mismo llegué para un trabajo pastoral tras un doctorado de teología en Roma. Creía tener las respuestas: poco a poco me fui dando cuenta, sin embargo, que no sabía nada y que personas sin instrucción, la gente pobre y sencilla en apariencia, a los que tenía que hablar muy sencillamente, sabían mejor que yo qué significa la fe. Sabían mejor que yo, por ejemplo, lo que había que cambiar en Sudáfrica y cómo había que cambiarlo. Tuve que convertirme.

Descubrimos que los pobres son el instrumento elegido por Dios, y no yo. "Los pobres mismos son el Pueblo que Dios quiere (y va a) utilizar en Cristo para salvarnos a todos de la locura de un mundo en el que tantos hombres mueren de hambre en medio de tantas riquezas". Esto puede hacernos tocar con la mano la acción de Dios y su presencia en los pobres. Ellos no son más objetos de compasión; nosotros no vemos más el rostro de Cristo en sus sufrimientos, sino que descubrimos en los pobres a Dios que me sirve, a Dios que nos salva, a Dios actuando y hablándonos hoy.

La tentación en este tercer estadio es el romanticismo. Hacer romanticismo acerca de los pobres, de

la clase obrera, del Tercer Mundo. En cuanto hayamos hecho este descubrimiento, tendemos a poner a los pobres sobre el pedestal: a los pobres, al Tercer Mundo, a las clases obreras quizá. Podemos llegar a ponernos en una posición en la que, si alguien es pobre y dice algo, ésto debe ser infaliblemente cierto. O si alguno viene del Tercer Mundo, todos debemos escuchar sencillamente porque viene del Tercer Mundo. Y si hace algo, debe ser correcto. Esto es romanticismo y algo que no tiene sentido. Por otra parte, es un tipo de 'sin sentido'- romántico que en cierto modo todos parece que necesitamos en cierto estadio. Mientras sepamos lo que estamos haciendo, no creo que sea necesariamente algo malo. Pero puede llegar a ser un problema al final de este tercer estadio. Llegaremos probablemente a una crisis de desilusión porque la gente del Tercer Mundo o los pobres no han vivido esa heroica imagen que teníamos de ellos. Algo hemos entendido mal. No hemos comprendido bien el problema estructural. Esto no quiere decir que los pobres en sí y por sí mismos son diferentes que cualquier otro ser humano. Tienen sus problemas como cualquier hijo de vecino.

4.- Esto me lleva al cuarto y último estadio. Ese estadio, que estoy sugiriendo, se centra sobre la experiencia de solidaridad, de solidaridad real con los pobres y los oprimidos. Y creo que el comienzo real de este estadio de nuestro desarrollo espiritual es la desilusión y la decepción que experimentamos cuando descubrimos que los pobres no son lo que, románticamente pensábamos. No quiero decir con esto que no tengamos mucho que aprender de los pobres. Lo mantengo. No estoy diciendo que los pobres no vayan a salvarse ellos mismos y a nosotros. Lo mantengo. No estoy diciendo que no son los instrumentos elegidos por Dios. Lo son. Todo esto continua siendo verdad. Pero son seres humanos. Se equivocan, son a veces egoístas, a veces les falta dedicación y entrega, a veces despilfarran el dinero, son alguna vez irresponsables. A veces son influenciados por la clase media y tienen las aspiraciones de ésta, y alguna vez creen en la propaganda y quizá no tengan la justa línea política. Puede ser que todos no estén tan politizados. No obstante, puedo y debo aprender de ellos. No obstante, sólo los pobres y los oprimidos pueden efectuar el cambio social. Es cuestión simplemente de pasar del romanticismo sobre los pobres a un realismo honrado y genuino, pues éste es el único camino que debemos seguir en este cuarto estadio. Hablo del estadio de solidaridad real.

La solidaridad real comienza cuando no es más una cuestión del nosotros y ellos. Hasta ahora he descrito todo en términos de nosotros y ellos porque éste es el modo como lo experimentamos generalmente. Aún cuando hacemos romanticismo a propósito de los pobres, viendo en ellos héroes extraordinarios, poniéndoles sobre un pedestal, continuamos distinguiéndonos de ellos: una fosa profunda nos separa de ellos. La verdadera solidaridad comienza cuando descubrimos que todos tenemos defectos y puntos débiles. Estos pueden diferenciarse según nuestros diferentes ambientes

sociales y nuestras diversas condiciones sociales, y puede ser que tengamos diferentes roles que jugar; pero todos hemos elegido estar al mismo lado, contra la opresión. -Ya estemos en Europa o en Sudáfrica, blancos o negros, provenientes de la burguesía o de la clase obrera, todos podemos estar al mismo lado, contra la opresión, aún siendo bien conscientes de nuestras diferencias". Podemos trabajar y luchar juntos contra nuestro enemigo común, las políticas y los sistemas injustos, sin considerarnos nunca unos a otros inferiores o superiores, respetándonos mutuamente aun reconociendo los límites de nuestro condicionamiento social. Esta experiencia—y es una experiencia de solidaridad con la causa de la justicia de Dios—puede convertirse espiritualmente en una experiencia de solidaridad con Dios en Jesucristo. Con ello se resuelven nuestros problemas: relaciones con los otros, sentimiento de superioridad, de culpabilidad, visión romántica.

A través de eso nos abrimos a Dios, a los otros, a la causa de Dios por la justicia y la libertad.

Aquí se encuentra un ideal altísimo y sería una ilusión imaginarse que podemos obtenerlo sin una larga lucha personal que nos hará pasar por diversas etapas: noches oscuras, crisis, combates, shocks, desafíos que superar.

Las cuatro etapas que he descrito aquí no tienen nada de rígido: no hay que superarlas exactamente una tras otra. Todas están entremezcladas. Pero he presentado este modelo con la esperanza de que nuestra actitud hacia los pobres permanezca siempre abierta a un progreso continuo. La sola verdadera desgracia para todos nosotros consistiría en quedar bloqueados en alguna parte a lo largo del camino. Si así fuera, no podríamos comprender a los que nos precedan. Si no vemos que se trata de una marcha, no comprenderemos tampoco a los que se encuentran todavía al comienzo. Es necesario que comprendamos que la Iglesia y nosotros mismos avanzamos según un proceso, un desarrollo espiritual, un crecimiento, una lucha. Todos estamos implicados en esto y debemos ayudarnos y apoyarnos unos a otros. Trabajemos en pro de este proceso, estimulémosle, continuemos la lucha dentro de nosotros: esto es hoy la única manera de acercarnos a Dios y ser salvados.

LA FE QUE SE REALIZA EN LA JUSTICIA

Peter-Hans Kolvenbach

Ante todo os doy las gracias por haberme acogido entre vosotros. Me he alegrado de recibir vuestra invitación porque tenía un gran deseo de conocer la Misión Obrera no solamente por fuera sino también—por más que no bastan dos días—por dentro.

Y primero quisiera traeros el saludo y, creo también, las oraciones del P. Arrupe. He podido verle justamente antes de partir y, conociendo el interés que siempre tuvo por la Misión Obrera, le he dicho que iba a estar un día con vosotros en Lanzo. Como sabéis, prácticamente ya no reacciona. Tenemos la impresión de que entiende pero ya no puede expresarse ni siquiera con las manos o con una sonrisa. Pero tengo la seguridad de que lleva estas jornadas de Lanzo en el corazón.

No he venido a Turín para deciros que vuestra misión en la iglesia y para el pueblo de Dios es importante. Eso ya lo sabéis. Desde la CG 32* ya no es sólo este grupo sino toda la Compañía la que asume y reconoce esta tarea, la dimensión de la promoción de la justicia, cuyos pioneros y representantes más caracterizados y visibles sois y seguís siendo, particularmente en Europa. Quisiera pedirlos, aun cuando no puedo daros consejos muy precisos sobre el futuro de esta Misión Obrera en Europa, que seáis fieles a la intuición inicial, que es de vivir en el corazón del mundo obrero y con los más pobres, expuestos a la cohabitación, el compartir, la solidaridad con ellos. Aun reconociendo, y no minimizando, las grandes evoluciones económicas y sociales en el mundo obrero y popular de Europa, no obstante, en me dio de estos cambios, la Misión Obrera conserva su manera de proceder: estar con, vivir con, compartir, las condiciones de vida, precariedad, explotación e inseguridad, que siguen siendo idénticas.

* CG 32: Asamblea General de los jesuitas del año 1975. Su decreto 4º dice que la misión de la Compañía hoy es el servicio de la fe, del que la promoción de la justicia constituye una exigencia absoluta-'.

Quisiera simplemente informaros, como tenéis derecho a ello, sobre cual es la situación en la Compañía de hoy sobre este famoso Decreto 4 de la CG 32. No hablo solamente de Europa sino de toda la Compañía.

Es verdad—y ello resulta quizá un tanto sospechoso—que el Decreto 4 no tropieza ya con la resistencia que despertaba hace diez años. Ha habido provinciales que me han dicho que se encuentran un poco preocupados de ver que, después de que la CG 33 ha hablado de amor

preferencial por los pobres, los jesuitas se reconocen un poco demasiado fácilmente, de una forma u otra, en ese amor preferencial por los pobres, considerando prácticamente como pobres a todos aquellos a quienes les falta alguna cosa; ¿y quién hay en el mundo a quien no le falte algo? Puede que al hablar de integración (la palabra se encuentra en la CG 33) y decir que no sólo todo jesuita sino todas las obras de la Compañía deben estar integradas en esta misión de la promoción de la justicia en nombre del Evangelio, algunos han creído que era cosa hecha, cuando en verdad se trata de una tarea sumamente dura, aún por realizar. Hay que reconocer—he preguntado a varios explícitamente sobre este punto—que hoy todos están convencidos de que la promoción de la justicia está presente en la conciencia de todos los jesuitas. La práctica podrá no corresponder a la teoría, pero todos saben que hoy no es ya posible tomar una decisión en la Compañía, abrir una casa o cerrarla, renovar las cosas o dejarlas como están, sin tener en cuenta la promoción de la justicia. Y que yo sepa, esto se hace.

Hay que decir que la Iglesia en este punto ha avanzado enormemente. Durante sus viajes pastorales, el Papa Juan Pablo 11 habla un lenguaje bastante más fuerte que el del Decreto 4, que antaño parecía tan provocativo. El discurso de Edmonton en Canadá, la reciente carta al Episcopado brasileño, por no citar las homilías de Colombia, hablan un lenguaje clarísimo, insoslayable para todo jesuita.

Hay que reconocer asimismo que hoy aparece más clara la verdadera inspiración del Decreto 4. Yo tengo que confesaros—y algunos de los presentes son testigos—que me quedé boquiabierto durante la CG 32 porque venía del Medio Oriente y me encontré con una problemática de la que jamás había oído hablar. Ni las palabras "promoción de la justicia" ni cosa que se le pareciese me eran conocidas, y eso que vivíamos en la miseria de Egipto y en las precarias condiciones propias de los países del Medio Oriente. Es posible también, creo yo, que al reunirse la CG 32 la Compañía se encontraba orientada unilateralmente hacia tareas tradicionales y simplemente, para corregir esta inclinación, era preciso exagerar el sentido contrario, lo que se hizo alegremente. A partir de la CG 32 varios tenían la impresión de que la Compañía estaba dividida en dos sectores de trabajo, a saber, el de la promoción de la justicia, que tenía futuro, y el del trabajo tradicional, que estaba condenado a desaparecer. Hay todavía provincias donde estas tensiones entre ambos sectores persisten, como si la Compañía no pudiese hacer las dos cosas al mismo tiempo. Pero en conjunto la Compañía tiene conciencia de que todo trabajo que nos confíe el Señor debe ir profundamente marcado por la promoción de la justicia en nombre del Evangelio. (...)

Existe hoy una tendencia a reemplazar la promoción de la justicia con el amor preferencial y no exclusivo de los pobres. Los documentos más recientes de la Santa Sede, particularmente las reacciones sobre la teología de la liberación, se centran en torno al amor que exige el nuevo

mandamiento de Cristo. Se trata seguramente del lenguaje más enérgico que puede hablar la iglesia en nombre del Evangelio. El mandamiento nuevo nos manda ante todo amar como ama Dios. Dios nos ha amado el primero, gratuitamente, no porque le interesáramos, sino cuando éramos aún pecadores. Trabajar en medio obrero y popular, en medio pobre, ser solidario con ellos, ja, más es interesante, es más bien desesperante, y puede hacernos perder todas nuestras relaciones influyentes e interesantes, como lo preveía el P. Arrupe en el momento de aceptar el Decreto 4. Estamos hechos de tal forma que, sin la conversión del corazón por el Ágape de Dios, aun la opción preferencial de los pobres puede ser en el fondo una empresa egoísta, la manipulación de la miseria ajena para provecho y gloria propios. Si saludáis a los que os saludan, ¿qué mérito tenéis'? En su bien conocido himno, Pablo declara vana la filantropía más generosa si no se inspira sin cesar en el Ágape.

Ese mandamiento nuevo que trastorna radicalmente nuestras perspectivas cambiando la pregunta "¿quién es mi prójimo" por esta obra "¿cómo ser prójimo del otro?", ese mandamiento, nos hace descubrir nuevos pobres, nos abre los ojos a las nuevas situaciones de pobreza que genera la sociedad. Es ésta quizá una realidad en nuestros días, cuando la Misión Obrera debe proyectarse hacia otros del mundo obrero y popular, el extranjero, el cuarto mundo, los excluidos, los abandonados incluso por los mismos sindicatos. Hablando en general, el mandamiento nuevo se opone a todo exclusivismo porque todo hombre—y no sólo el pobre considerado como tal por nuestra cultura, religión o ideología—tiene un valor—"nuestro Padre espera en él"—que no debe depender de mi manera de amar. Á veces, para dar toda su fuerza al Decreto 4 de la CG 32, algunos limitan la promoción de la justicia a solos los pobres que son víctimas de la opresión y la explotación, y consideran a los refugiados, minusválidos, huérfanos, drogados y presos fuera del ámbito de la promoción de la justicia, como pertenecientes más bien al de la asistencia y ayuda caritativa. Sin duda, una cosa es englobar a todos y a todo dentro del término "pobre" bajo pretexto de que a todo hombre le falta algo, incluido el más rico, y otra cosa es discernir formas de verdadera pobreza espiritual y material y considerar delante del Señor del mandamiento nuevo, juntos, la forma concreta que hay que dar al ágape aquí y ahora, vistas las urgencias del barrio y los límites y cualidades de cada uno de nosotros. Cuanto rehuse esta apertura a las necesidades nuevas en fidelidad a la misión de fondo. esta disponibilidad, muere o está condenada a morir.

El mandamiento nuevo comporta también, y por último, el don de sí mismo, de su persona. Mientras sólo demos de lo nuestro, no damos nada. Dar su vida a ejemplo de Cristo. De ahí la importancia del encuentro personal, limitado y con todo eficaz. He ahí el lenguaje bíblico más fuerte que puede hablar la Iglesia. No obstante la diversidad de opiniones al respecto, el amor preferencial de los pobres como expresión del mandamiento nuevo no edulcora el Decreto 4, por más que algunos,

equivocadamente, piensen que bajo esta forma es menos exigente, más "religioso" y menos amenazante. Precisamente lo contrario es verdad. Con todo, me parece a mí, hay que mantener la promoción de la justicia. El P. Arrupe repetía: "No se puede hacer justicia sin amor. Y no podemos despojarnos del amor cuando resistimos a la injusticia porque para Cristo la universidad del amor es un mandamiento que no sufre excepción". Igual que, desde el principio de la Compañía, la proclamación de la fe es inseparable de la promoción de la justicia, no de otra manera amor y justicia son inseparables. Y no por razones de belleza conceptual o defensa mutua. La justicia nos empuja al dominio concreto, a pisar tierra, allí donde falta lo que el hombre necesita para ser hombre, el campo de la realidad socioeconómica del hombre, donde sólo la ideología marxista parece tener la palabra justa. Por su mismo realismo, el uso de la palabra 'injusticia' no permite escapar a los problemas muy concretos y reales de nuestro tiempo, problemas que se atribuyen con excesiva facilidad a estructuras fatalmente injustas de nuestra sociedad' cuando en efecto se deben a una libertad humana injustamente usada. Al realismo de la injusticia debe corresponder el realismo de la promoción de la justicia, una justicia reivindicativa no en su propio nombre sino en el del Evangelio del amor ajeno, preferentemente otro hombre amenazado, víctima de injusticias, y sin voz. Lo que, en el momento de redactar el Decreto 4, no parecía quizá tan claro, se ha hecho en la práctica y la experiencia lo más obvio, a saber, la relación intrínseca entre la justicia socioeconómica, con todos los derechos humanos que evoca y comporta, la justicia del Evangelio por la que Cristo muere, y la justicia de Dios en el sentido paulino, que cimenta toda justicia humana, transformando nuestro corazón.